

## NIÑOS DE LA BIBLIA.



SE PRECIPITA SOBRE EL APOSTATA Y LE DEJA MUERTO.

XXXIV.

### LOS HIJOS DE MATATIAS.



Huyendo de la cruel persecucion decretada contra el pueblo judio por el rey Antioco, habian llegado muchos israelitas á refugiarse en Modin, poblacion poco distante de la populosa Jerusalem. Entronizado ya en esta ciudad el culto de los falsos dioses, profanado el templo del Señor y robados los vasos sagrados, los israelitas que no querian presenciar tal escándalo y abominacion y que ansiaban por otra

*Octubre de 1849.*

parte evadirse de la sentencia de muerte que por el mas leve motivo contra ellos se fulminaba, salian de la ciudad á vivir en la campiña, en los desiertos y en las cavernas, teniéndose por dichosos los que podian permanecer por algun tiempo ignorados en alguna remota aldea, donde cubiertos de cilicio y ceniza, pudiesen lamentar los males de su pueblo y la cruel suerte que les estaba preparada.

Los israelitas refugiados en Modin eran de los mas fieles al culto y á las tradiciones de sus mayores, contribuyendo á fomentar esta constancia, el hallarse entre ellos el sacerdote Mata-

Tomo III. 19



lias con toda su familia, y las exhortaciones de aquel piadoso anciano infundían á la vez consuelo y resignación.

—No nos desanimemos, decía, por las calamidades que nos oprimen, pues para nuestro escarmiento y no para nuestra ruina nos las envía el Señor. Dicha nuestra es que Dios haga expiar de algun modo sus graves faltas á su pueblo escogido, al paso que abandona en el sendero de la perdición á otras naciones, á las que reserva un ejemplar castigo.

No fueron muy duraderas la calma y seguridad que disfrutaban los refugiados en Modin. Llegó á noticia del inexorable Antioco que en aquel ignorado asilo se menospreciaban sus regios decretos, y envió inmediatamente sus satélites y ministros, para que estableciesen un ara, en la que bajo pena de la vida, todos los habitantes ofreciesen sacrificios á los dioses; pero entre los habitantes se hallaban Matatías y sus hijos, á quienes, antes que con amenazas, se trató de obligar con promesas y ofertas de toda especie.

—De nada sirven, contestó Matatías, todas las palabras y ofertas del rey, ni todos los bienes del mundo podrán hacer que adoptemos los ritos y sacrificios extraños que se oponen á los mandatos de nuestro Dios.

En aquel mismo instante, y como haciendo gala de su apostasia y escarnio de las palabras del santo anciano, se llegó un israelita á ofrecer públicamente el sacrificio y quemar incienso en el ara de los falsos dioses. ¿Quién podrá pintar la indignación, el furor de que el buen Matatías se vió poseído al observar tan escandalosa y culpable acción? Sin ser dueño de contenerse, sin calcular las consecuencias de su arrojo, se precipita sobre aquel infame apóstata, y le deja muerto sobre el ara, á impulso de su religioso celo.

Esta fué la señal de un espantoso tumulto, y no solo fueron arrollados los ministros de Antioco que iban á apoderarse de Matatías para castigarle, sino que rodaron por el suelo el ara y todos los preparativos del sacrificio, no siendo los hijos de Matatías

los últimos que acudieron á sostener á su padre. Conocía este que semejante acontecimiento habia de concitar contra ellos toda la saña del vengativo monarca, y atendiendo á la seguridad de todos, exclamó en voz alta en medio de la población:

—Siganme todos cuantos se hallen dispuestos á defender la religion y las leyes de nuestra patria.

Abandonando todo cuanto poseían, fueron muchos los que salieron al campo en pos de Matatías y de sus hijos. Muchas privaciones, muchas penalidades tuvieron que sufrir; pero lograron resistir á las fuerzas que el rey Antioco envió varias veces en su persecución, restaurar el culto de Dios omnipotente en todos los confines que ellos ocupaban, y aumentar de día en día sus filas hasta formar un pequeño ejército.

Los azares y fatigas de la guerra eran superiores á las fuerzas del anciano Matatías, lo que unido á los repetidos disgustos que en sus últimos años habia experimentado, le llevó prontamente al sepulcro. Cuando sintió que su fin se acercaba, convocó alrededor de su lecho á sus queridos hijos, en quienes cifraba toda su esperanza, Juan, Simon, Judas, Eleazaro y Jonatás, y les habló así:

—Muerdo con el consuelo, hijos míos, de que vivireis siempre justos y adictos á la ley divina, apartandoos de todo trato y alianza con los impíos. Tened presente que su gloria y orgullo duran solo un día, y desaparecen al siguiente, pereciendo todos sus vanos pensamientos como el cuerpo que vuelve al polvo de que fué formado. Prometedme ahora, hijos míos, que en medio de las tribulaciones de estos tiempos, seguireis constantes las huellas de vuestros mayores y perecereis, si necesario fuese, en defensa de la religion y de las patrias leyes.

Levantóse entonces Judas Macabeo, el mas gallardo é intrépido de todos los hermanos, y con ademan enérgico exclamó:

—Aunque todos por temor obedezcan al rey Antioco, y aunque todo



el pueblo de Israel sucumba á sus preceptos, nosotros, padre mio, prometemos ser fieles hasta la muerte á nuestra religion y á nuestras leyes.

—Lo prometemos, exclamaron entonces todos los hermanos, estendiendo sus brazos con entusiasmo; y el padre, como si solo hubiese esperado á escuchar estas palabras, exhaló á poco rato el último suspiro.

Bien cumplieron los hermanos su promesa, salvando al pueblo de Israel, aterrando á sus enemigos, y sellando con su sangre el cumplimiento de sus votos. Dirigia á todos ellos por su singular prudencia Simon, que era el que hacia las veces de padre, y á quien todos pedian consejo y guardaban el mayor respeto, mientras que Judas Macabeo, siempre con las armas en la mano, protegía el campamento de los israelitas y era el arbitro de las cosas de la guerra.

Los prodigios de valor y rasgos de audacia de Judas Macabeo le hicieron mas de una vez comparar al cachorro de leon, que se lanza sobre su presa,

y sus hazañas, en las que van tambien refundidas las de sus hermanos, merecen especial mencion. Los mas famosos y experimentados generales del rey Antioco, tales como Apolonio, Seron, Tolomeo, Nicanor, Gorgias, Lysias, Bachides y Alcimo, fueron vencidos por él en repetidos encuentros. El mismo rey, impaciéntado con la derrota de sus mejores caudillos, quiso tambien probar fortuna en batalla campal, y lo que fué á buscar fué su completa derrota y esterminio.

Judas Macabeo tuvo habilidad para formar alianza con los romanos, cuyo colosal poder parece presagiaba; purificó toda la Judea de la idolatria y de las abominaciones que en ella se cometian, restableció la ciudad de Jerusalem, y al fin pudo celebrar con gran solemnidad la dedicacion del templo del verdadero Dios. El aniversario de esta dedicacion era uno de los de mas grata memoria, y de los que con mas regocijo se celebraban en el pueblo de Israel.

F. F. VILLABRILLE.

## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

### XV.

#### WAMBA.

(Conclusion.)

Wamba celebró su entrada triunfal en Nimes, cuyos habitantes, regocijados y reconocidos á la singular clemencia del vencedor, salieron á recibirle y le victorearon con frenéticas demostraciones. En seguida la muchedumbre acudió tumultuosa á los sótanos del anfiteatro, adonde se encontró á Paulo acompañado de un escasisimo número de parciales, que alli se refugiaron con él, temiendo el justo

castigo de Wamba; pero fueron todos sacados de este recóndito parage casi arrastrando y conducidos á un lóbrego encierro, hasta que el rey triunfante dictara la sentencia que debía imponérseles como á rebeldes á su patria y á su soberano.

Wamba, antes de ocuparse de tales disposiciones, mandó que sin pérdida de tiempo se diese sepultura á los cadáveres, remedió con su natural bondad, en cuanto pudo, los daños ocasionados en la ciudad por el asedio; y últimamente decretó que pudiesen en libertad á un infinito número de cautivos, que segun su opinion, no habian sido los mas espontáneos agresores en la rebelion; y ya tranquilo, quiso entonces meditar despacio acerca de lo que debía hacerse con Paulo,



principal motor de estas disensiones políticas.

Para este efecto mandó reunir un consejo de hombres doctos y prudentes, los cuales estuvieron unánimes en el parecer de que Paulo debía ser condenado á muerte, salvo si el monarca disponia otra cosa. Wamba, que asistió al consejo, oyó la opinion de aquel tribunal, guardó el mas profundo silencio respecto á sus ulteriores determinaciones, y ordenó al instante que sacasen á Paulo de su prision y le condujesen á su presencia. Sentado Wamba en su trono y ostentando sus insignias reales vió llegar al caudillo rebelde sumiso y cabizbajo y con las señales mas visibles del abatimiento, manifestándose, tanto en sus palabras como en sus ademanes, tan humilde cuanto antes habia sido altanero y arrogante. En llegando á la presencia de Wamba, este le dijo:

—He aquí, Paulo, las fatales consecuencias de tu crimen: el cielo, siempre justo, ha favorecido mi causa, y te presenta á mi derrotado y abatido. Mi consejo ha sentenciado tu muerte, el mismo pueblo que hace poco te victoreaba y juraba defenderte anhelaba en este instante tu muerte, y solo puedes apelar á un hombre, que es el mas ofendido, pero el que al mismo tiempo se niega á manchar con sangre los laureles de su victoria. Dime, Paulo; ¿qué agravios recibiste de tu rey para atreverte á querer usurpar su corona? Habla, defiéndete, que como me mire culpado, juro á los cielos perdonarte, é imponerme yo mismo el castigo á que me haya hecho acreedor.

—Rey clemente, dijo Paulo conmovido. Conozco mi delito, que es muy grande; el soberano, contra el cual cometi la osadia de rebelarme, solo me ha dado en todos tiempos señales de afecto, á las que he correspondido del modo mas artero y villano. No merezco tu clemencia, y así dispon de mi vida, y condénala á los mas horribles tormentos, antes de darme la muerte.

—No será, interrumpió Wamba, pues quiero que sepa el mundo entero

que el anciano Wamba, el rey de las selvas, como en otro tiempo le llamaste, sabe tambien ser rey de sus vasallos, y que paga con favores los agravios que recibe de sus enemigos; pero siendo tu culpa grave, y necesitando dar á mi pueblo una publica satisfaccion de los daños que ha recibido por tu causa, mando que te despojen de las insignias de caballero, que te corten la melena y te rapen la barba, y en esta guisa entres en mi corte sirviendo de befa á los mismos á quienes has injuriado.

—Me someto á tu voluntad, respondió Paulo inclinándose.

Y volvieron á conducirlo á su encierro.

Pacificada ya la Galia gótica, volvió Wamba á su capital, en la que entró triunfante, precedido de Paulo, que marchaba rapada la cabeza y barba, descalzo y ciñendo su cabeza con una corona de cuero, cuyo burlesco emblema indicaba su vana y fugaz soberanía. Durante su tránsito, recibia del pueblo denuestos y maldiciones, y Wamba era saludado con jubilosos ademanes y le llamaban el salvador de la España goda.

Despues de tantas hazañas y de tan merecidos laureles, y viendo á su pueblo poco dispuesto á declararse nuevamente en rebeldia, dedicó todo su cuidado en provecho y mejoramiento de sus vasallos, mostrándose tan infatigable en el gabinete, como intrépido y resuelto habia sido en campaña: vigorizó las leyes, dió esplendor á las iglesias y puso el mayor orden en sus estados: fortificó á Toledo y la adornó con soberbios edificios, para que desde luego revelase la grandeza exterior que debe inspirar una corte, y con esto, supo de tal modo granjearse la estimacion de sus súbditos, que en muy poco tiempo anuló las tentativas de los descontentos, los cuales concluyeron por reconocerle como al mejor de los soberanos de la España goda.

Preparábase el cielo otra nueva ocasion en que poder demostrar su pericia y su condicion previsora. Pensando que los sarracenos, guiados por la



ambición, se arriesgarian alguna vez á querer penetrar en nuestras costas marítimas, preparó una armada naval, y los sucesos posteriores acreditaron que no anduvo desacertado en llevar á cabo tan útil pensamiento, porque en 677 pasó el estrecho de Gibraltar una flota de ciento setenta barcos tripulada por aquellos bárbaros; pero bien pronto los atrevidos invasores recibieron de Wamba una terrible lección, de tal modo, que se apartaron al instante de nuestras costas, resueltos á no emprender de nuevo semejante tentativa, en vista del mal éxito que experimentaron en la primera.

Sin embargo, á pesar de las virtudes del anciano rey, y del tino y acierto con que regia los destinos de su patria, y aun cuando la mayoría del pueblo le obedecía y acataba sus mandatos con veneración, no pudo escaparse de la suerte común á todos los monarcas visogodos. La traición, la envidia, acechaban su conducta, y sin respetar sus buenas condiciones le tendían un lazo para destronarle.

Ervigio, sobrino del rey Chindasvinto, hacía ya mucho tiempo que aspiraba á la diadema visogoda, y una noche que conversaba amistosamente con el anciano Wamba, pidió este de cenar y lo hizo en presencia de Ervigio con la llaneza propia á un hombre de costumbres sencillas. Estaba ya combinada la trama, y la copa de agua que le presentaron en la mesa contenía el brebaje que debía ocasionar la pérdida de su trono. Con efecto, bebió, y Ervigio no pudo entonces disimular su emoción; se puso amarillo, y siguió hablando, pero con voz ahogada y temblona, de suerte que Wamba conoció su gran turbación, y sospechando algún mal, le preguntó:

—¿Qué tienes, Ervigio?

—Nada tengo, repuso este.

—¿Por qué tiembles?... ¿Por qué tartamudeas?... ¿Por qué tu rostro ha palidecido?

—Yo no tiemblo, contestó Ervigio, ni creo tartamudear, ni sé de qué proveniga mi palidez.

A este tiempo sintió Wamba que to-

dos sus miembros se debilitaban; un sudor frío comenzó á recorrer todo su cuerpo, y un fuerte y repentino mareo le dejó caer en tierra exclamando:

—¡Traición!... ¡traición! Estoy envenenado!

Le faltó la voz, y un accidente casi mortal le privó enteramente del conocimiento.

Entonces Ervigio se levantó de su asiento, y descorriendo el cortinaje que cubría la puerta principal que daba entrada á este aposento, penetraron en él varios nobles, al parecer parciales de Ervigio. Inmediatamente cortaron la barba y el cabello al aletargado monarca, y desnudándole de sus insignias reales le pusieron un hábito de monge, y le dejaron tendido en su lecho. Seguidamente se propagó por la ciudad de Toledo la noticia de que Wamba había fallecido repentinamente; los personajes de mas nota acudieron al palacio, y no faltaron sospechas respecto al criminal atentado. Mas como era cosa difícil de averiguar, todos pusieron los ojos en Ervigio para nombrarle sucesor. A las veinte y cuatro horas del suceso, rodearon el lecho del anciano rey, quien volvió de su letargo, y se sentó en la cama. Todos retrocedieron asustados al ver un cadáver animado, mas al fin á las voces de «quietos, quietos, este ha sido un accidente,» los asustados se quedaron dentro de la sala, y aguardaron el desenlace de aquel extraño acontecimiento.

Wamba miró á las personas que le rodeaban, recordó al punto lo que le había pasado la noche anterior con Ervigio, y exclamó:

—No os asusteis, caballeros.

Después miró con espanto el sayal religioso con que se hallaba revestido, y tocándole, añadió:

—Todo lo comprendo. Este hábito que me han puesto me impide volver á empuñar el cetro.

Luego miró atentamente al grupo de caballeros que estupefacto le contemplaba, y reparando en Ervigio continuó:

—Acércate, Ervigio, ven y dame la mano... Te he comprendido.



Ervigio se acercó, dió temblando la mano á Wamba, y este le dijo:

—Lo mismo tiembas que anoche.

¡Válgame Dios! ¡Cuántos crímenes cometen los hombres por ceñir una diadema que solo origina pesares. Sé



NO OS ASUSTEIS, CABALLEROS.

rey... yo te nombro mi sucesor, y haré patente la legalidad de tus derechos. No temas.

Y añadió en voz baja:

—Te perdono.

Seguidamente rogó á los que le rodeaban que le llevasen á un monasterio, donde pensaba terminar tranquilamente su vida con la práctica de las virtudes.

—Huyamos de la pompa mundana; de estos regios alcázares donde la virtud no puede nunca gozar una tranquila residencia.

Cuanto Wamba decía no era mas que enigmático para la mayor parte de los que escuchaban, pues no estaban en antecedentes.

En efecto, Wamba confesó que se había hecho la tonsura y vestido el hábito de monge espontáneamente,

que renunciaba la corona y la declaraba en favor de Ervigio. Después que le vió coronado se despidió de él deseándole fortuna y prosperidad, y se retiró al monasterio de Pampliega situado en las inmediaciones de Burgos, donde pasó lo restante de su vida.

Reinó ocho años, un mes y catorce días. Su cuerpo fué sepultado en dicho monasterio, y desde allí por disposición de don Alonso el Sabio le trasladaron á Toledo y le depositaron en la iglesia de Santa Leocadia.

Tal es la historia del rey Wamba, debiendo añadirse que no faltan historiadores que nieguen el hecho del envenenamiento, cuya cuestion permanece aun dudosa, aunque unos y otros tienen razones que alegar en favor de su opinion.

I. A. BERMEJO.



## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

## DE LOS JUEGOS INFANTILES

## TITULADOS

ANDE LA RUEDA, DACA LA CHINA, Y LA  
CARRERA.

Luego puestos en rueda  
llegan todos y todas,  
à dar las norabuenas,  
que malas se las tornan.  
(QUEV., MUS. 5, BAIL. 8.)

Los primitivos cantares populares, si bien se examina, fueron siempre acompañados de bailetes, en los que agarrados de las manos y formando círculo, se entonaban canciones relatando las poesías de los héroes, las glorias ó desgracias de la patria, ó las excelencias de una familia, si ya no se dedicaba al culto la diversion, en cuyo caso solo tenían lugar las alabanzas à la divinidad. De esta costumbre, tan antigua tal vez como el mundo, se originó el juego de *ande la rueda*, con que se divierten los muchachos de todas clases, y todos aquellos que van acompañados de cantares en rueda, y de los cuales nos proponemos hablar en artículo por separado. Consiste el juego de que tratamos en agarrarse los muchachos de las manos, formando círculo é ir saltando y bailando al son de una canción particular que varía conforme el pueblo en que se ejecuta, tiene glorias ó sucesos particulares que recordar. En el centro de la rueda se queda uno de los jugadores, los que al paso que van corriendo procuran acocerle, no teniendo el penado mas recurso para librarse de tal castigo, que el coger del pie à cualquiera de los que le ofenden; pero esto ha de ser cogiéndole en el aire cuando se dirige à darle, y cuando lo consigue, el cogido tiene que quedar en su lugar. En el libro 18 de la Iliada

de Homero vemos en cierto modo ya descrito este juego, que tal vez sea de origen griego, y segun la version que de esta parte hizo Espordano, y traduce Rodrigo Caro al castellano, hallamos:

Alli las hermosísimas doncellas  
Y mancebos danzaban con pies diestros,  
Velocisimamente à la redonda  
Como cuando el ollerero con las manos  
Prueba la rueda à ver si está corriente (1).

Al dar noticia *Atheneo* de este juego como una especie de danza; la llama heroica porque dice imita al sol en su esfera, y así se ve designada en su obra lib. I, cap. 8; pero el que mejor le describe es *Aristófanes* cuando en su comedia *las Avispas* dice:

Caridum ite fratres  
citos pedes movete in orbem  
tum recalcitrons quis,  
in solem a eat accinens.  
miretur ut theatrum.

Vese en este texto llama à los que así bailan hermanos de los cangrejos por la multitud de pies que se mueven en círculo, pues que *carci* en griego significa cangrejo, y que les incita à que canten el verso tirando coces à la redonda.

De esta misma manera se bailó el juego antiguo denominado *Juan de las Cadenas*, del que habló *Lucrecio* en el lib. 2, de su obra *De rerum natura*, en

(1) Dice *Estrabon* y *Plinio*, que el inventor de esta fué el escita *Anacarsis*, que murió 550 años antes de Cristo; pero como hable ya de ella *Homero*, que vivió muchos siglos antes que aquel discípulo de *Solon*, es de presumir que no sería mas que un reformador de cosa inventada con tanta antigüedad.



donde hallamos que dice: *Quas memorant Phrigios se forte Cater Ludunt*, etc.; á cuyo juego hace tambien referencia *Adriano Turuebo* en el libro 27 de sus *Adversarios*. Bien pudiéramos traer el origen de este juego de la festiva y antigua danza prima de nuestros asturianos y de las circulares de los gallegos, ó vice versa, pero dejándolas esplicadas como originarias de las primitivas danzas sagradas é históricas en que todos los pueblos antiguos han cantado sus glorias y las de sus héroes, remitiendo á los curiosos á nuestros artículos sobre *bailes* que componen parte de nuestra Enciclopedia de las costumbres españolas.

Muy comun es el ver á nuestros muchachos del pueblo entretenerse en juegos de ejercicio, que, por su carácter, parecen simulacros de la guerra, como si quisiesen ensayarse en ellos y prepararse á las terribles luchas en que el hombre, para satisfacer su orgullo ó por otras causas, procura su destruccion y la de sus semejantes, no considerando bastante para conseguirlo las enfermedades y las demas calamidades que sobre él pesan para conducirlo, antes de lo natural, á la muerte. Entre estos juegos bélicos contamos nosotros el que de muy antiguo llamamos en España de los *bandos*, ó de *daca la china*, juego ya descrito por el erudito Julio Polux como practicado en su tiempo, con poca diferencia, como hoy se usa.

Divididos los muchachos romanos en dos bandos hacian una raya en medio; al bando de un lado le denominaban *fuera de la teja*, y al opuesto, *dentro de la teja*. Los que capitaneaban los bandos tiraban á la raya una tejuela, y el que mas la aproximaba á ella vencía al otro, en cuyo caso el vencedor y los suyos corrían tras de los vencidos: el que de estos era cogido recibía el nombre de *asno* y pagaba por todos, segun se vé esplicado en Caton y en Fedro.

En el día se ejecuta este juego por nuestros muchachos con alguna variacion. En vez de tirar la teja á la raya, la arrojan con saliva por un lado, y arrojándola á lo alto dice el que la

tira: *vino ó pan*, y responde el otro: *vino, que Dios dará pan* ó al contrario, quedando hecho capitán de aquel bando el que acierta. Sentados en el suelo los muchachos piden que les den la tejuela, y dándola disimuladamente el capitán al que mejor le parece sin que lo vea el capitán del bando contrario, este se pone á tentar una por una las orejas de todos los jugadores, por ver si por alguna señal puede descubrir el que tiene la tejuela ó china. Si acierta con el que la tiene se le lleva á su bando, pero si por el contrario lo yerra, todos los del bando que tiene la china se levantan y van saltando hasta llegar á la raya, á cuyo tiempo huyen los vencidos. Los vencedores persiguen á los vencidos, y si cogen á alguno, el aprensor llama *asno* al preso, y se sube á cuestras sobre él para que le lleve á la raya, que es el castigo que se impone en este juego al torpe y poco ligero.

Despréndese naturalmente del juego anterior el de la *carrera*, ejercicio gimnástico muy útil para adquirir agilidad y destreza, y muy del gusto de nuestros muchachos que le ponen en práctica en muchos de sus demas juegos de su movimiento, y no se cree de origen moderno este juego, pues que en el lib. 5 de la *Eneida* nos dice ya egregio poeta Virgilio, que *Eneas*, el fugitivo de Troya, hizo un certámen en Sicilia, en el que corrieron los muchachos en honras de su padre Anchises, caso á que se refiere tambien el poeta Higino en sus fábulas. Describiendo el juego de la carrera en el espresado certámen el referido poeta, dice que se disputaron en él los dos amigos *Curialo* y *Niso*, y que siendo vencedor el primero, se le dió por premio un caballo enjaezado. El segundo premio dice que le alcanzó *Helimo*, al que se le dió una aljaba amazónica, y en fin, que *Dioscores* sacó los despojos de un leon, y *Niso*, un broquel trabajado por *Didimaon*.

Con referencia á este juego nos dejó dicho *Julio Solisto* en el lib. 5 de sus *Historias* admirables, que un muchacho milesio llamado Polymnester, á quien habia puesto su madre á guar-



dar cabras, alcanzó corriendo á una liebre, razon por la que le premió su amo en la Olimpiada 46 concediéndole asistir á los juegos olímpicos, en los que alcanzó corona de vencedor en la carfera. Pausanias nos ha dejado el elogio del muchacho *Damisco*, que vencedor en la carrera en los juegos olímpicos, mereció se le erigiese una estatua en el Estadio, y haciendo mencion el mismo autor de otros muchachos corredores, dice obtuvieron entre ellos el honor de ser perpetuados en estatua en el Corso, que era el superior premio en aquellos tiempos, Mesenio, Eleo y Sofio.

Basta leer al referido Pausanias en el libro 3 in *Lacanonicis*, para conocer lo noblemente que entre los antiguos se consideraba el juego de la carrera. Dice en el lugar citado, que el célebre rey Dario casó sus hijas proponiéndolas por premio al jóven que mas corriera, escogiendo al efecto, despues de la carrera, á los tres primeros vencedores. El célebre *Icaro*, padre de Penelope instituyó el mismo certámen, y como en él venciese el denodado y sabio Ulises; casó por ser gran corredor con la casta y hermosa Penelope.

Volviendo á Pausanias hallamos en el libro 5 de las Historias elíacas, que los eleos, no solo hacian que sus muchachos corriesen é hiciesen los demas ejercicios gimnáticos, sino que les incitaban á ello por medio de premios, siendo muchos de ellos coronados por vencedores en la carrera.

No solo á pie, sino que tambien á caballo, corrieron los muchachos romanos en el campo Marcio, á fin de ejercitarse para la guerra, segun nos lo espresa Estrabon en el lib. 5 de su Geografía, y elegantemente Virgilio cuando nos dice en el lib. 7 de su Eneida:

*Ante Urbem Pueri, et primæ flore juventus  
Exercantur equis, domitantque in pulvere currus,  
Aut acrescendum arcus, aut lenta lacerti  
Spicula contorquent cursu jactaque lacesunt.*

Entre nuestros muchachos la carrera, como hemos dicho antes, se combina con muchos juegos; pero la llamada así consiste en apostar al que llega antes á un punto señalado de antemano, partiendo á correr á un tiempo desde el sitio en que se hace la apuesta todos los jugadores.

B. S. CASTELLANOS.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### EUSTAQUIA.

(CONTINUACION.)

#### II.

Aun cuando la suerte de la infortunada Eustaquia era bastante cruel, la hubiera sufrido con paciencia, si hubiese sabido que la de su familia era buena. No ignoraba que era victima de una grande injusticia y que en nada se la podia reconvenir; pero temia por sus padres, y especialmente por Almaro, cuyos enemigos eran siempre poderosos, y por consecuencia estaban dispuestos á hacerle daño dando

un color de verdad á las acusaciones de que era objeto. Ignoraba que el mismo castillo donde habia sido encerrada servia tambien de prision á su padre y á su hermano, y que se encontraba separada de ellos por una pared. Si ella hubiese sabido que se hallaba en aquel antiguo recinto, su pena fuera menos grande, pues este pensamiento la hubiera tranquilizado; pero ni aun tenia este consuelo.

La suerte de su madre le ocasionaba tambien vivas inquietudes; verdaderamente, el caballero que habia ido en su busca al bosque no la descubrió, pero ¿no podia Camila haber caído despues en este lazo? Estos lobos carniceros ¿no podian haberla cogido el día despues de su separacion? Fatigada



y sin recursos, esta desgraciada madre ¿no podía haberse perdido en la espesura del bosque queriendo buscar á su hija? ¿No podía haber sido presa de las fieras.

Tales eran los tristes pensamientos á los cuales se entregaba Eustaquia. Muchas veces su imaginación la conducía al castillo de su padre á orillas de Garigliano, y le recordaba los inocentes placeres que había disfrutado en el seno de su familia. Recordaba las dulces conversaciones que tenía allí con su tierna madre, y le parecía escuchar todavía los sonidos espirantes de la guitarra, así como las últimas palabras de la estrofa que cantaba cuando fué presa con su familia.

Comparando de este modo el enojo y el silencio de su prisión con todo lo que le encantaba en el castillo de su padre caía en una profunda tristeza, la melancolía se apoderaba de ella. Una imaginación de diez y seis años se inflama fácilmente: á esta edad el alma está todavía virgen, el corazón no se encuentra aun cauterizado por las penas ni despedazado por los remordimientos, la vida no ofrece más que un porvenir agradable, que embellece el prestigio de mil proyectos que nos lisonjeamos en realizar: júzguese ahora la posición de Eustaquia, prisionera en la primavera de sus días, y cuya vida parecía deber estenderse en el momento en que comenzaba á padecer.

Pero bien pronto la religión tomó su imperio sobre la desdichada, y la enseñó á soportar por Dios las amarguras que sufría. Una mirada sobre la bóveda azul del firmamento bastaba á veces para hacer entrar la calma en aquella alma abatida; un recuerdo de las piadosas instrucciones que había escuchado en otro tiempo le devolvía la serenidad y le inspiraba nuevo valor.

Ya habían trascurrido seis meses desde su entrada en esta soledad, y su duro cautiverio no se había dulcificado más que por la llegada del viejo carcelero, que venía exactamente tres veces al día para traer su alimento. Algunas veces Eustaquia le dirigía la palabra, mas este hombre permanecía silepcioso; su corazón parecía

tan duro como las barras de hierro de las ventanas de su prisión. De vez en cuando se le escapaba una sonrisa maligna; pero jamás vino á probar que fuese sensible á las penas de la joven prisionera la mas leve señal de compasión.

Una sola persona animada causaba una ligera distracción á la hija de Almaro; era una araña que había tendido sus hilos en un rincón de la estancia. Eustaquia le echaba todos los días algunos residuos de su alimento, que venía á quitarle el animal reconocido. Poco á poco la araña se fué acostumbrando á la prisionera, y se presentaba á la menor señal que le hacía; Eustaquia le hablaba como si fuese comprendida, y los cuidados que le prodigaba calmaban hasta cierto punto el sentimiento de sus dolores; el animal no temía seguirla y la obedecía; la joven reflexionó con este motivo acerca del instinto de los animales, y bendijo al Criador de haberle dado cualidades, por las cuales se unen al hombre.

Un día hicieron la visita de los calabozos, y muchos empleados de la prisión se presentaron en la estancia de Eustaquia, á la que encontraron en conversacion con su araña. Uno de estos hombres, con el corazón de bronce, lanzó una mirada sobre el fiel animal, y con voz imponente dijo al carcelero:

—Matad á esa araña.

Eustaquia se echó á los pies de este hombre cruel, y rogó que no matasen á su araña, mas él le respondió que debiendo estar limpio aquel recinto, no se podía acceder á su deseo. La pobre niña entonces volvió la cara, mientras que el carcelero cumplía la orden, dando muerte á la única amiga de su infortunio; lloró mucho tiempo la pérdida de este animal, lo mismo que si le hubiesen quitado un tesoro, y esta circunstancia vino á aumentar sus penas.

### III.

Heja aquí, pues, tan desgraciada como antes, y privada del único objeto que la había causado alguna dis-



traccion. ¡Ah! ¡si en su soledad hubiese tenido al menos un libro para calmar su disgusto! El carcelero tenia una hija de veinte años, quien condolidada del estado de Eustaquia se ocupaba en aminorar sus penas. Despues de mil tentativas, logró al fin el permiso de su padre para ver á la encarcelada. Ella se encargó, atendida la mucha edad del carcelero, de subir el alimento al recinto de Eustaquia. En un principio dió á entender con palabras limidas la parte que tomaba en su cautiverio, y poco á poco llegó á tener mas confianza, y adquirió para Eustaquia libros, papel, colores, pinceles, y los objetos necesarios para bordar. Laura, que era el nombre de esta jóven generosa, hizo cuanto dependia de ella para aminorar la dure-

za del cautiverio de Eustaquia, y pasaba á su lado horas enteras. El alimento que le traia era mejor que el que le daban antes, y de vez en cuando traia frutas y vino, imponiéndose privaciones con el objeto de aliviar á aquella que la llamaba, su amiga.

La prisionera en agradecimiento de tales servicios, enseñó á leer, á escribir y bordar á Laura, y desarrolló un poco su inteligencia, porque su aislamiento y el estado de su padre no le habian permitido cultivarla. La hija del carcelero supo á su vez apreciar las bondades de Eustaquia, y de día en día fué mostrándola mas afecto. A menudo la decia Eustaquia cuánto la entristecia su encarcelamiento, y el placer que espermentaria en el instante que consiguiera su libertad. Las



EUSTAQUIA Y LAURA.

diferentes labores que Eustaquia terminaba en su prision se vendieron, y el producto se dividia entre Laura y los pobres. Como aquella iba dos veces al mes al mercado de una ciudad cercana, podia adquirir objetos de que Eustaquia tenia necesidad. Todo se ejecutaba con el mayor secreto, y fué tan grande la precaucion que nunca se supo nada en el castillo. Cuando llegaba la época de la visita de los prisioneros, Laura se lo prevenia á su amiga, y retiraba de su aposento todo lo que pudiera comprometerla.

Estas atenciones consoliaban á la jóven cautiva, cuya alma recobró su tranquilidad y restablecióse un poco su salud. Eustaquia no encontraba palabras con que dar gracias al Señor por haber inspirado á la hija del carcelero una adhesion tan sincera; antes habia llorado la pérdida de una ara-

ña; pero hé aquí, que en lugar de un animal habia encontrado una verdadera amiga, cuyos cuidados le iban siendo mas necesarios de dia en dia.

Sin embargo, el momento de su libertad no parecia llegar; habian trascurrido cuatro años, y la hija de Almaro se habia resignado á pasar toda su vida en un calabozo, cuando una noche á eso de las diez se abrió la puerta de su prision. Eustaquia estaba arrodillada á los pies de su cama rogando á Dios. Sorprendida con semejante visita, se levantó al instante y vió entrar á un hombre que cubria su rostro con una careta. Iba á lanzar un grito; pero Laura, que acompañaba al desconocido, suplicó á Eustaquia que se callase para no despertar á sus opresores; el desconocido se acercó á ella y la dijo con voz muy baja:

—No temais nada, Eustaquia, es un



amigo el que viene á visitaros: la hora de vuestra libertad se acerca.

Y al mismo tiempo se quitó la careta, y Eustaquia reconoció al marqués Ricordamo. Laura se alejó.

—Ricordamo! exclamó Eustaquia temblando. ¡Hombre generoso! decidme, ¿cuál es la suerte de mis padres? ¿viven todavía? ¿están en lugar seguro?

—Moderad vuestras emociones, señorita, le dijo el marqués; de otro modo sois perdida y destruis mi proyecto. Escuchad con calma lo que voy á deciros. Los enemigos de vuestra familia han conseguido, á fuerza de intrigas y calumnias, arrancar á los jueces una sentencia de muerte contra todos vosotros; y esta noche á las doce debeis los cuatro perecer bajo la mano del verdugo.

Eustaquia palideció y se torció las manos de desesperación; el marqués la consoló y la dijo:

—Yo sé esta nueva terrible por el fiscal del tribunal que me la ha confiado reconocido á cierto servicio que le hice en una ocasion, y al punto he tomado mi resolución. «Este es el momento, me dije, de salvar la vida á estas victimas inocentes aunque pague con mi cabeza,» y en su consecuencia he venido para daros la libertad.

—¡Oh! ¿qué amistad, exclamó Eustaquia! ¿Esponer vuestra vida por salvar á vuestro prógimo? ¿Pero está tambien mi madre encerrada en alguna prision? ¿No ha podido libertarse de sus perseguidores?

—Vuestra madre, noble señorita, no está encerrada; pero he hecho cuantas indagaciones me han sido posible y no he podido descubrir el lugar de su retiro. Escuchadme ahora. Vuestro padre y vuestro hermano están en este castillo y espero salvarlos lo mismo que á vos. He sabido ganar al viejo carcelero, que me ha prometido meterse en cama á causa de sus enfermedades; me ha confiado las llaves de los calabozos. Antes de las doce se presentarán dos individuos de mi confianza que vendrán por vos y os conducirán á un bosque

donde todo se halla dispuesto para una pronta fuga. Yo mismo iré al lugar de la cita. La hija del carcelero, la buena Laura, que os venera como á una santa, y que nada desea tanto como veros dichosa, ha prometido socorrernos con todas sus fuerzas, y añade que hasta sacrificará su vida por salvar la vuestra.

—¡Oh generosa amiga! exclamó Eustaquia. ¿Cómo podré recompensar tantos favores? pero aguardo que el Señor, que me la ha dado para ampararme en mi infortunio, la recompensará por mí.

Ricordamo sacó de debajo de su capa un traje y otros efectos de adorno que entregó á Eustaquia, rogándola que se pudiese todo aquello para no ser conocida, y se separó de ella diciéndo:

—Valor, buena Eustaquia; dentro de dos horas sereis libre.

—Eustaquia, pensando en la dicha de volver á ver á su padre y á su hermano, se hincó de rodillas para dar gracias á Dios por haberle proporcionado la libertad, y esperó con viva ansiedad la hora señalada, que al fin



FUGA DE LAURA.

llegó. Los dos hombres se presentaron, y Eustaquia salió de la prision con el mas grande sigilo.



Después los dos individuos condujeron á la jóven á un bosque, al parage designado donde hallarian á Ricordamo con un coche enganchado por dos briosos caballos. El marqués esperó algunos minutos, y cuando creyó oír ruido á cierta distancia, adelantó algunos pasos, y supo con sentimiento que el proyecto de evasión de Almaro y de su hijo habia sido descubierto. Esta nueva fué un golpe mortal para él. Volvió en seguida al sitio donde estaba el carruage, y subió á Eustaquia, subiendo luego él mismo, y mandó al cocheró que caminase á toda prisa.

Los caballos partieron al galope, y cuando amaneció vió Eustaquia que Ricordamo estaba devorado por la inquietud: de aquí tomó ella ocasion para preguntar lo que era de su padre y de su hermano, y por qué caminaban con tanta precipitacion.

—Presiento una gran desgracia, dijo Eustaquia. ¿Triunfa la injusticia?

Ricordamo procuró tranquilizarla y contestó:

—Hasta dentro de dos dias, no puedo deciros nada; por lo tanto, no preguntéis, y esperemos en la infinita bondad de Dios, que aquel que os ha conservado, os protegerá, y á vuestra familia tambien.

A los tres dias llegaron á una aldea y se detuvieron en una posada para tomar en ella un poco de alimento. Mientras que estaban sentados á la mesa, Ricordamo supo por la conversacion de algunos pasajeros, que procuraban apoderarse de su persona. Esta nueva le sorprendió, pero sin abatir su ánimo: pidió una pluma, papel y tinta, y escribió un billete que ocultó y entregó á Eustaquia, encargándola que no le abriese hasta tanto que se lo mandase: los dos viajeros subieron al carruage y emprendieron nuevamente el camino.

Por la noche llegaron á una montaña escarpada, y como los caballos



BAJAN DEL CARRUAGE.

estaban cansados, y el camino que habian tomado lo era de travesía, el marqués propuso á Eustaquia bajar del carruge y subir á pié la montaña. Una hermosa selva cubria toda la comarca, y á lo lejos se veía el Vesuvio vomitando una nube de humo. Ricordamo entregado á sus pensamientos marchaba silencioso al lado de Eusta-

quia, y cuando creyó escuchar las pisadas de muchos caballos, volvió la cabeza y vió algunos hombres armados, y no dudando que venian en su persecucion, dijo á Eustaquia:

—Huid, señorita, de esta selva, y escondeos, pues se acercan nuestros enemigos.

La jóven, sin ser apenas dueña de si



misma, obedeció temblando, mientras que el marqués subía en el carruaje para adelantarse con más rapidez y llamar la atención de sus perseguidores. Eustaquia se escondió temblando detrás de una roca, y desde allí fué testigo de la desgracia de su libertador. Los caballeros habían alcanzado al carruaje y apoderándose de Ricordamo, y se hallaban dispuestos á matarle á la menor tentativa que hubiese hecho para fugarse, pero el marqués no resistió. La desgraciada jóven, impulsada por el reconocimiento, se lanzó en el camino para que la conocieran, y dividir su suerte con la del hombre generoso que tanto se esponía por su salvacion; mas el carruaje va-

rió de camino y se alejó con tanta rapidez, que jamás hubiera podido alcanzarle.

Inmóvil de terror, sola y abandonada de todo el mundo, se sentó al pie de un árbol; acababa de ponerse el sol y las tinieblas comenzaban á cubrir la superficie de la tierra; quiso rogar á Dios, pero su espíritu estaba demasiado agitado para permitirle este cristiano desahogo. Sus lágrimas y su ansiedad decían bastante al Señor, cual era la pena que la devoraba. Se tendió sobre la yerba y disfrutó no obstante un poco de reposo, pues los ángeles del cielo velaban á su lado y la cubrían con sus alas protectoras.

(Se continuará.)

## APUNTES MORALES.

### CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

#### CAPITULO VI.

(Continuacion.)

Mi padre hizo algunas observaciones á don Bernardo, mas este tuvo el arte de hacerle encontrar insignificante el desarreglo que á primera vista le parecia tan grande; le demostró que mi salud lejos de alterarse con estos viajes diarios se fortalecería; en fin le presentó como ventajas todos los inconvenientes que se indicaban y mi padre volvió segunda vez encantado. Mi padre tenia talento, pero don Bernardo era rico, y le recibía en un salón magníficamente amueblado; él mismo estaba siempre vestido con elegancia; se expresaba bien, hablaba con agrado, y se mostraba segun las circunstancias y segun los personajes, frio, altivo, desdeñoso, segun el individuo con quien hablaba. «¿No hay dinero? No hay reverencias?» he aquí su máxima favorita.

Habia encontrado el secreto de estar siempre amable, hasta con sus discípulos: jamás parecia en las clases mas que para distribuir elogios, ó para pedir por los educandos castigados; pero si á pesar de sus precauciones para no castigar nunca se encontraba en la absoluta necesidad de hacerlo, su esposa no se detenía en verificar lo que su marido con respecto á los profesores. ¿Como no querer á semejante maestro?

Yo estudiaba poco mis lecciones, pero tenia tan excelente memoria, que me las aprendía con solo oírlas recitar á otros. En el lenguaje de don Bernardo mi tenacidad se llamaba fuerza de voluntad, firmeza; mi orgullo, elevacion, nobleza de sentimientos; mi impaciencia, mis rabieta, vivacidad, consecuencias de un temperamento ricamente dotado; mi indocilidad, aturdimiento; mi vivacidad, escape de sensibilidad. Tomé los elogios de don Bernardo al pie de la letra y me creí un fénix. Habia brillado mucho en los primeros exámenes de trimestre, no tanto como mis cama-



radas, pero tanto como la mayor parte de entre ellos; pero estos exámenes de trimestre eran muy brillantes en la escuela de don Bernardo, y los padres se retiraban encantados de los progresos de sus hijos; pero su ilusión hubiera sido menos, si hubiesen sabido que durante el curso de cada trimestre, nos acostumbraban á responder á una docena de preguntas todo lo mas, en cada ramo de nuestros estudios, y he aquí por qué el instituto de don Bernardo pasaba por uno de los mejores dirigidos de Madrid. Todo se sacrificaba á las apariencias: el orden, la disciplina, el trabajo, parecia que reinaba en todo, y en realidad no existia en ninguna parte. En fin, todos teniamos generalmente buena letra, siendo este el único estudio al cual se atendia mucho por ser el solo que habla á los ojos, y las familias no ven otra cosa.

#### CAPITULO VII.

He procurado en el capitulo precedente dar á vds. una idea del carácter de don Bernardo y de la direccion que daba á sus estudios; mas vds. le conocerán de un todo cuando sepan cual era su pasion por los nuevos métodos, por las innovaciones, y que todo inventor era bien acogido por él. No trascurre un mes sin que hiciese experimentar un nuevo procedimiento para la enseñanza de la aritmética, de la geografia, de la historia, y hasta para el estudio de la lengua. Su gabinete era un museo de cuadros sinópticos de todas las ciencias; las extravagancias de todos los charlatanes, llamados inventores de métodos, se reunian allí. Apenas comenzábamos á comprender un método, cuando pasábamos á otros, y el resultado de todas estas fluctuaciones era el de comunicar á nuestro entendimiento una extrema movilidad, y llegamos á ser incapaces de una aplicacion grave y seguida; por lo tanto no haciamos ningun progreso y éramos generalmente muy ignorantes, al paso que don Bernardo pasaba por un hombre eminentemente progresivo; era el

hombre del movimiento, un maestro esclusivamente ocupado de su profesion, y cuya inteligencia se ingeniaba incesantemente en hallar los medios de abreviar los estudios de sus discipulos haciéndolos lo mas fácil posible. Este defecto de estabilidad tan grave en materia de educacion le daba nuevo crédito, y se le tenia por un hombre eminentemente hábil.

Mauricio L. era el hijo único de un célebre pintor de la corte. Este artista, hijo de un pobre artesano, habia experimentado una juventud estremadamente penosa, y habia debido su eleccion á su aplicacion y á su genio; despues de veinte y cinco años de combates contra la fortuna consiguió la gloria, y no olvidando sus comienzos, lejos de avergonzarse de su pobreza primitiva y de su origen, se enorgullecía y se llamaba el *hijo de sus obras*.

Recomendaba á su hijo el respeto á la pobreza, el amor al trabajo, pero su esposa paralizaba las amonestaciones de su marido; hija de un rico comerciante, no habia conocido la vida sino bajo sus mas risueños aspectos; le gustaban los placeres y las fiestas; el costoso tocador, las espléndidas comidas, y los suntuosos aposentos; acostumbrada desde su infancia á los mimos, daba á su hijo una educacion semejante, y Mauricio, por consiguiente, no debia ser bueno. Tenia todos los defectos y todas las buenas cualidades de los niños de familias ricas, dando el título de buenas cualidades á las ventajas puramente exteriores, que no tienen su origen en el corazon, y que por consecuencia quedan siempre estériles; por lo demas era insensible, ingrato, indiferente, altanero en el fondo sino en la forma, y extraordinariamente desdeñoso; en suma, el egoismo personificado, pero disfrazado bajo las formas de la conveniencia.

Incapaz de ninguna afeccion, se dejaba querer, y cuando el uno ó el otro se encontraba satisfecho, se apartaba sin emocion y sin sentimiento. Como sucede generalmente en estas naturalezas incompletas, donde falta el fue-



go sagrado, Mauricio había sido dotado por la naturaleza de un buen físico; bien formado, de una estatura proporcionada, de un andar magestuoso, en fin, todos sus movimientos tenían una gracia natural que atraía.

Me he detenido algo en el retrato de Mauricio, porque fué mi primera amistad verdadera, la primera amistad que me causó pesares reales, y manifestaré cómo.

Un día, por cierta falta, el padre de Mauricio juzgó conveniente castigar á su hijo á no probar mas que pan seco durante la comida. Su mamá lanzó gritos de amargura, pero don N. no retrocedía nunca en sus decisiones, y su esposa reprimió sus dolores y Mauricio comió su pan seco. Se manifestó sin dar el menor signo de cólera, de arrepentimiento ó de humillación, y mientras duró la comida aparentó comer, al paso que en realidad apenas la tocaba. Despues de la comida, don N. se volvió á la sala, segun su costumbre, pero dando vista al comedor; Mauricio no le vió sin duda, porque abriendo la ventana del comedor tiró su pan á la calle. El padre entró al momento, y dirigiéndose á su hijo le preguntó severamente si había comido su pan. Mauricio no contestó, pues era demasiado orgulloso para humillarse hasta la mentira, y creyó poder refugiarse en el silencio; su padre no era hombre de contentarse con esto, y reiteró su pregunta con una energía de intencion que no daba lugar á la duda.

—¿Ha comido vd. el pan, Mauricio?

—No, papá.

—¿Dónde está?

Nuevo silencio.

—¿No me oye vd., Mauricio? ¿Dónde está el pedazo de pan que le he dado?

Nuevo silencio.

—Vd. no quiere confesarlo, porque conoce que ha cometido una accion culpable, y se enrojece de vergüenza, y tiene vd. razon. ¿Ignora vd. que es un crimen perder así el alimento que Dios nos da? ¿Ignora vd. que ese pan pisoteado, acaso por un caballo, hubiera podido motivar la alegría de

una familia, ó salvar la vida de alguno de esos infortunados que á esta hora sufren la agonía del hambre? Vd. no sabe lo que es el hambre: vd., Mauricio, niño privilegiado, que el cielo ha colmado con todos sus favores, y que profana esos mismos favores manifestándose indigno de ellos; pero su padre de vd. sabe lo que es haber pasado muchos días sin casi llevar un pedazo de pan á la boca.

—¿Vd., papá? dijo Mauricio mas sorprendido que conmovido.

—Si, yo, contestó don N. Muchas veces te he dicho que no soy mas que el hijo de un pobre artesano.

A estas palabras que sonaron mal en los oídos de Mauricio, no pudo menos de hacer un ligero gesto avergonzándose.

—¿Se avergüenza vd. de su origen, so orgulloso? prosiguió don N. con indignacion. Se avergüenza vd. de su abuelo, pobre oficial de carpintero.... Pues bien, yo me avergüenzo de tener un hijo como vd. Y desde ahora declaro que si persiste, le pondré de aprendiz en una carpintería como yo lo estuve, para enseñarle á no despreciar á sus padres; y veremos si vd. con tan humilde profesion se adquiere la consideracion que su abuelo de vd., ó si sabe como su padre, brillar con esfuerzos sobrehumanos á riesgo de comprometer su vida con escesivas privaciones. Si señor, yo, su padre de vd., he carecido de pan en mis luchas laboriosas, y si he adquirido alguna gloria, es porque en mil ocasiones me he contentado con un pedazo de pan como el que vd. ha tirado por la ventana á la calle; podia, sin embargo, proporcionarme una buena comida, pero con el precio de esta buena comida compraba libros, lienzos, pinceles, colores, modelos, y con esta modestia, esta templanza y esta sobriedad escesiva es como se llega á ser alguna cosa en el mundo. Para que vd. aprecie el valor de ese pedazo de pan que ha tirado, mañana no tendrá vd. otra cosa en su desayuno.

La señora de don N. hubiera sin duda eludido el castigo impuesto dando secretamente el desayuno á su hijo,



pero estando don N. sobre aviso, la sentencia tuvo su ejecución. Mauricio no tocó al pan, le guardó en un bolsillo y salió a la calle; el padre le siguió deseoso de saber hasta donde llegaba la testarudez de su hijo, y al volver una esquina vió que daba su pan á un perro. Indignado don N. se presentó al maestro y le manifestó el pesar que le causaba su hijo.

—Esta muy bien, dijo don Bernardo, reflexionaré la conducta que tengo que observar con ese niño, y cuando haya adoptado alguna cosa, le daré parte para que vd. se conforme á ella.

Cuando le sirvieron la comida en la escuela le dieron como á los otros, todo menos pan, y observándolo lo dijo á la sirvienta; mas esta le respondió que así lo había dispuesto don Bernardo; Mauricio comprendió de donde venía el tiro; se sonrió y comió sin pan, diciendo á sus camaradas que el maestro quería hacer que adquiriese fuerzas comiendo solamente carne, ó someterlo á un régimen puramente animal.

Nosotros nos reímos de sus chanzas y todo el día nos estuvimos ocupando de este incidente. Llegó la hora de merendar, y también fué privado del pan: Mauricio aceptó sin replicar.

—Mi padre, me decía, cree que sigarme mucho privándome de pan en todas las comidas; me acomodo perfectamente á este régimen, y si mi padre piensa que he de pedirle perdón, esperará mucho tiempo.

Se ve que el tal Mauricio era un niño muy testarudo y que su padre hacía bien en atarle corto. Seis días trascurrieron de esta manera, durante los cuales en la escuela y en su casa comió siempre sin pan; pero al sétimo día las cosas tomaron distinto rumbo; no comía casi nada en la escuela, y me confesó confidencialmente que tampoco comía en su casa; su apetito disminuía, nada le escitaba, y hasta le repugnaban los platos. Al octavo día no comió mas que frutas, y el noveno vencido por este régimen experimentó tal disgusto al ver los manjares que ni aun podía saborearlos.

Hubiera querido no humillarse hasta el extremo de pedir perdón, pero su

padre no parecía dispuesto á ceder sin esta circunstancia; Mauricio tenía talento y comprendió que tarde ó temprano sería preciso doblegarse y que era una tontería sufrir para obtener el mismo resultado; por lo tanto pidió perdón á su padre y que le diesen pan.

Esperaba que su petición hallase acogida, mas no lo que iba á sucederle. D. N. le declaró que se encontraba desarmado por la confesión de su falta, mas no al punto de no hacérsela espiar enteramente; en consecuencia Mauricio, no comería mas que pan en todas sus comidas por espacio de tantos días como había pasado sin él. Mauricio encontró este castigo mucho mas severo que el primero: «¿cómo podré vivir ocho días no comiendo mas que pan? decía, mi padre me quiere matar.» Sin embargo, al desayuno del siguiente día, comió su pan seco con sumo placer; y así sucesivamente los demás días sin experimentar fatigas ni dolores de estómago.

—Y bien, le dijo su padre al noveno día, ¿qué me dices de tus dos novenarios?

—En realidad, el primero me ha parecido mas penoso que el segundo.

—¿Luego no despreciarás en adelante el pan?

—No, papá; te lo aseguro; el pan es el alimento del hombre por excelencia y el mas señalado beneficio de Dios.

—Muy bien, hijo mío; así es como yo te quiero; jamás vuelvas á rebelarte contra la autoridad paternal, porque es un crimen y una locura. Ahora abrázame, y desde este momento olvido tu error y te perdono.

Mauricio me refirió todo esto muy menudamente, y me prometió no oponerse nunca á la autoridad paternal. Para que Mauricio me hiciera esta confesión era menester haber conquistado su amistad; era con efecto mi mejor amigo, y este tiempo fué el mas bello de mi infancia. Hablé yo tan á menudo de Mauricio á mi madre que determinaron suplicar á D. N. que permitiera viniese su hijo á comer algunos días á mi casa: D. N. consintió en ello, y fui también á su casa en varias ocasiones. De aquí procedieron



mútuas visitas por parte de ambas familias. D. N. poseía aquella superioridad atractiva y dulce de los hombres de genio; en todas partes donde se presentaba conquistaba confianza, simpatías y admiración, porque D. N. era verdaderamente un hombre superior; de suerte que nuestras familias se ligaron con los vínculos de una verdadera amistad.

Esta circunstancia debía precisamente aumentar mi afección hacia Mauricio; no podía pasarme sin él y él parecía no poder vivir sin mí: nos juntábamos todos los días festivos; dividía con él mis juguetes y cuantas cosas me daban de comer; pero él, menos exclusivo que yo en la amistad, se comía sus golosinas sin dividir las conmigo como no estuviera en su presencia; jugaba con los demás camaradas sin curarse de si yo era o no de la partida; reía con todos, y se divertía con todos lo mismo que conmigo, sin atestiguarle ninguna marcada preferencia; no tenía secretos para mí, sin embargo, aun cuando era discreto con los demás.

Esta preferencia me lisonjeaba, y por eso le dispensaba sus otras infidelidades aunque en el fondo me herían. Con efecto, el que da todo su afecto a un amigo, ¿no tiene derecho a una correspondencia igual? Pero ya lo he dicho, Mauricio era una de esas naturalezas egoístas que tan á menudo se ven en el mundo. Si yo me quejaba de su indiferencia, me respondía con sangre fría.

—«Escucha, Ildefonso, te quiero como puedo querer, y no es culpa mía si no puedo querer mas; te doy cuanto puedo dar en materia de afección, y tú no puedes aborrecerme si soy pobre en esta parte; me reconviene porque no te quiero bastante, pues yo te reconvengo á ti porque me quieres demasiado: me quieres confiscar para ti solo, quieres que renuncie á todos mis camaradas, que me aleje de ellos para no vivir mas que para ti; esto es muy cuco, pero yo me fastidiaría si no tuviera mas que tu amistad; me gustan las partidas numerosas.» No me desesperaba al verme consagrado á un in-

grato; quise hacer lo que él; pero me retiraba de todos los juegos triste y silencioso; él no lo conocía y jugaba y corría tan alegremente. Semejante frialdad me desconcertaba, y muchas veces lloré de pesar, y antes que terminase el día me acercaba á él con el corazón conmovido y le tendía la mano con voz temblorosa y le decía:

—Mauricio, ¿no somos ya amigos?

—¿Por qué no? me respondía riéndose. No sé si tú has dejado de serlo, pero yo lo soy tuyo todavía.

—Sí; á tu manera le replicaba yo tristemente.

—Y mi manera es la mejor.

—Sí; no te causa pesar.

—¿Quiéres que tu amistad sea un peso para mí?

—No; pero desearía que te ocupase demasiado para que no tuvieses necesidad de ocuparte de los otros.

—Yo no me ocupo; son ellos los que se ocupan de mí: ¿quieres tú que para agradarte á ti, me indisponga con los demás camaradas? ¡Vaya un modo de tratar á un amigo; querer reñir con el género humano!

Así se chanceaba siempre, exagerando á su gusto mis sentimientos á fin de hacerlos ridiculos: en suma, este muchacho no habia nacido para experimentar ningún sentimiento grave; era incapaz de adhesión.

El uso de los recargos de escritura, este absurdo castigo que mata el tiempo, sin que aproveche al discípulo, era un honor en la institución de don Bernardo. Erámos condenados á copiar 50 versos, 100, y algunas veces 200, estendiéndose el abuso hasta 500 versos por tal ó cual ligera falta en la disciplina. Pero como todo en esta casa era mera fórmula, los señores profesores no se tomaban el trabajo de leer los versos que se les presentaban, que en verdad debían ser condenados; pero se contaba el número de los versos impuesto al castigado y nada mas.

Empezábamos copiando los endecasílabos, como por ejemplo:

Erase un hombre á una nariz pegado

O bien:



Dulce vecino de la verde selva.

Pero viendo los discípulos que se empleaba mucho tiempo en la copia, y puesto que no se trataba mas que de versos, se estableció el uso de copiar los octosílabos, como aquellos de Zorrilla:

Que el poeta en su mision,  
sobre la tierra que habita  
es una planta maldita  
con fruto de bendicion.

Pero tambien era mucho copiar y adoptaron aquellos de Lope de Vega que dicen:

Yo vi sobre un tomillo  
quejarse un pajarillo, etc.

Pero tambien eran largos, y adoptaron aquellos de Zorrilla que dicen:

Ya vago  
perdido.  
Su lago  
el olvido  
me tiende  
al pie:  
y en vano  
me afano;  
no hay tino,  
no hay mano  
que ayude  
me dé.

Mauricio, que fué el descubridor de esta estrategia, fué llamado el gran maestro de los recargos de escritura. Este triunfo escitó mi emulacion, y quise añadir una nueva perfeccion al recargo, y he aqui el pensamiento ingenioso que descubrí. Noté que nuestros recargos estaban tan mal escritos, que era imposible conocer la mano que habia trazado aquellos caracteres. De esta observacion nació en mí el pensamiento de crear un fondo común, al cual todos contribuirían durante la clase de manera que en un momento de necesidad no hubiese mas que acudir al espresado fondo para evitar á todos los detenidos. Este pensamiento fué acogido con aclamacion, y todos emborronaron cinco ó seis páginas en sus asientos, y en menos de ocho dias reunimos mas de cuarenta mil versos;

fui nombrado el tesorero de estos recargos y mi pupitre se llenó de copias emborronadas. Estaba muy orgulloso con mi descubrimiento, pero un chico mas ingenioso descubrió el modo de escribir con dos plumas sobrepuestas. Otro fué mas lejos todavía y quiso ejecutarlo con tres. ¿Creerán vds. que habíamos llegado al término? Nada de eso: otro discípulo obtuvo mejor resultado. Este ingenioso escolar (quiere que su nombre pase á la posteridad), Maximiliano Castillo, tenía un portero y este portero tenía un hijo, discípulo de una escuela gratuita del barrio de Fuencarral: á Hipólito Sanchez le gustaba mucho el juego y los cuartos, y Maximiliano Castillo tuvo la diabólica idea de especular con la pasion del pobre Hipólito: le propuso que nos copiara versos á ochavo la página; la proposicion fué aceptada, y en el mismo sitio donde guardamos los recargos, escondíamos el dinero para comprar nuestro papel y para pagar á nuestro escribano público, quien desde entonces cesó de hurtar los cuartos á su padre; nuestro proyecto tuvo al menos esto de bueno. Pero las envidias y el interes no tardaron en introducir la discordia en el campo de los griegos.

Los que raramente eran castigados con recargos, pretendieron contribuir para sí propio y nada mas. En vano los mas sábios se esforzaron en demostrar que era del interes de todos mantener la empresa en el estado mas floreciente; entró en juego el amor propio cuando se habló de los ochavos; cesamos de juntar, y aunque teníamos en caja un considerable número de versos, se prodigaron con tal locura, que pronto vimos el fondo del saco.

Sin embargo, teníamos lo menos para tres meses, sin una circunstancia, de la cual fué Mauricio la causa, circunstancia fatal porque contribuyó á que Mauricio y yo rompiésemos de una vez.

Para comprenderlo mejor, es preciso tomar la narracion desde su origen, lo que haré en el capítulo X de estas verídicas é instructivas confesiones.

(Se continuará.)



## LA CATEDRA EN EL CAMPO,

### Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

#### XIII.

#### MITOLOGIA.

(CONTINUACION.)

Al otro día vino el padre Mateo, y anunció que el francés á quien habia auxiliado en sus últimos momentos, habia fallecido como buen cristiano, y que la partida proseguia su camino. El padre Mateo, don Casimiro y su familia rezaron por el alma de aquel desgraciado militar, y despues de un animado diálogo acerca de la hospitalidad que debe darse á todo extranjero, Ramon y Carolina exigieron del reverendo la continuacion de la interrumpida leccion respecto á la Mitología, á cuya peticion accedió al punto el buen religioso continuando de la siguiente manera.

*Las pierides.* Piero, rey de Macedonia, tenia nueve hijas que sobresalian en la música y en la poesia. Orgullosas por su número y su talento se atrevieron á desafiar á las musas: aceptóse el desafio, y las ninfas de la comarca, elegidas para árbitras, pronunciaron su sentencia en favor de las musas. Las pierides, resentidas de este juicio, demostraron su descontento con invectivas, y quisieron hasta herir á sus rivales, pero Apolo los convirtió en urracas y pasaron á posarse en los árboles inmediatos.

*Pluton y Proserpina.* Proserpina, hija de Júpiter y de Ceres, inspiró amor á Pluton. Un día que cogia flores con sus amigas en los prados de Enna, en Sicilia, la robó y la hizo su esposa

y la reina de los infiernos. La ninfa Ciane que quiso oponerse á este robo fué convertida en fuente.

*Estelio, transformado en lagarto.*—Ceres buscando á su hija, entró muy cansada en una cabaña donde pidió de beber. Una anciana le presentó un brevage que bebió con tanta avidez, que un niño llamado Estelio, que estaba en la cabaña se echó á reir: la diosa creyéndose insultada, le convirtió en lagarto arrojándole á la cara lo que le quedaba de la bebida.

*Ascalafo, transformado en mochuelo.* Ascalafo, hijo de Aqueronte y de la ninfa Ofne, era guarda de Proserpina en los campos Eliseos. Ceres, habiendo sabido por la ninfa Aretusa que su hija habia sido robada por Pluton, fué á quejarse á Júpiter, y le pidió el permiso de ir á buscarla á los infiernos y de traérsela. Júpiter consintió en el regreso de Proserpina con tal de que no hubiese comido nada desde su entrada en el sombrío imperio; pero desgraciadamente Proserpina habia cogido una granada y comidose siete granos: solo Ascalafo lo habia visto, y manifestándolo impidió con esto que Proserpina saliera de los infiernos. Irritada Ceres por su indiscrecion le echó en el rostro agua del Flegeton y le metamorfoseó en mochuelo.

*Aretusa transformada en fuente.*—Aretusa, hija de Nereo y de Doris, era una de las ninfas de Diana. El rio Alfeo, habiéndola mirado mientras que se bañaba, se enamoró de ella y emprendió perseguirla; ya se encontraba á punto de alcanzarla; pero Diana con virtud á la ninfa en fuente.

*Las sirenas.* Segun Ovidio, las sirenas, hijas del rio Aquelao y de la



musa Caliope, eran amigas de Proserpina. Suplicaron á los dioses que las metamorfoseara en peces, á fin de encontrar su compañera por todos los mares. Obtuvieron lo que deseaban, pero conservando su rostro y su voz, porque eran muy bonitas y cantaban admirablemente. Siguiendo la mitolo-



LAS SIRENAS.

gía vulgar, las sirenas son una alegoría de voluptuosidad. Su nombre procede de la palabra griega que significa *atraer*. Habitaban las rocas escarpadas, entre la isla Caprea y la costa de Italia. Aunque vivieron en el seno de las aguas tenían alas. El oráculo las predijo que perecerían cuando un viajero pasase sin ser detenido por los encantos de su voz. Ulises se libertó de sus seducciones, y de despecho se precipitaron en el mar donde se metamorfosearon en rocas. Partenope, nombre de una de ellas, vino á ser mas tarde el de la ciudad que se llamó Nápolis, hoy Nápoles.

*Linco transformado en linco.* Ceres habia enseñado la agricultura á Triptolemo, y mardóle establecerla por todas partes. Linco, rey de Escitia, quiso hacerle perecer, para atribuirse la gloria de haber descubierto el arte precioso que Triptolemo obtenia de Ceres; mas esta diosa previno su designio metamorfoseándole en linco.

*Aracnea trasformada en araña.* Aracnea, hija de Idmon, de la ciudad de Colofon, bordaba con tanta perfeccion que se atrevió á desafiar á Minerva, la cual aceptó. La diosa avergonzada, viendo que la sobrepujaba una simple mortal, despedazó la obra de Aracnea y la golpeó en la cara: esta desesperada se aborció y Minerva entonces la metamorfoseó en araña.

*Niobe convertida en roca.* Niobe, hija de Tántalo y muger de Anfon, orgullosa con sus catorce hijos, despreció á Latona que no tenia mas que dos. Latona irritada hizo que Apolo y Diana matasen á los siete hijos y á las siete hijas de Niobe, y el dolor petrificó á la pobre madre.

*El sátiro Marsias.* Tocaba tan bien la flauta que se determinó á retar á Apolo con la condicion de que el vencido debería quedar á la discrecion del vencedor. Apolo llevó la victoria, y atando á su rival á un árbol le despellejó vivo. Las ninfas, los sátiros y todas las divinidades de los campos



lloraron la muerte de Marsias y derramaron tantas lágrimas, que se formó un caudaloso río que regó la Frigia y que recibió el nombre Marsias.

*Pelops.* Tántalo, hijo de Júpiter, rey de Frigia, habiendo recibido á los dioses en su casa quiso experimentarlos, y mandó que les sirvieran en una comida los miembros de su hijo Pelops. Los dioses, á quienes Tántalo no había podido engañar, no tocaron á nada de cuanto estaba en la mesa, y solamente Ceres, desolada por el dolor que le causaba la pérdida de su hija, llevó su mano al execrable manjar y comió una espalda. Júpiter devolvió la vida á Pelops y le puso una espalda de marfil en lugar de la que le faltaba.

*Boreas y Ortia.* Ortia, hija de Erecteo, rey de Atenas, se entretenía un día en coger flores en las márgenes del Iliso. El viento Boreas, que en vano la había pedido á su padre, se la llevó y la transportó á Tracia donde la hizo madre de dos hijos.

*El Vellochino de oro.* Jason y Medea. Frixo y Helé su hermana no pudiendo soportar los malos tratamientos de Ino, su suegra, muger de Atamas, rey de Tebas, resolvieron abandonar su país, y se subieron en un carnero, cuyo vellocino era de oro, á fin de pasar el mar. Helé se ahogó en el estrecho que fué despues llamado *Hclesponto*. Frixo, habiendo llegado á Colchida, sacrificó allí el carnero á Júpiter, colgó su vellocino de un árbol en un bosque consagrado al dios Marte, y lo hizo guardar por un dragon que devoraba á todos aquellos que se presentaban á robarlo.

Jason, hijo de Eson, rey de Yolchos y de Alcimeda, emprendió la conquista de este vellocino con la flor de los héroes de la Grecia; fueron llamados *Argonautas*, derivacion del nombre de su navio llamado *Argos*. Medea, hija del rey de Colchida, hábil mágica, se enamoró de Jason y le prometió ayudarle en su empresa con la condicion de que se casaría con ella. Le dió yerbas encantadas, por medio de las cuales Jason mató al dragon y se apoderó del vellocino de oro; despues ambos amantes huyeron

juntos. El rey de Colchida, habiéndose puesto en su persecucion y enviando delante á Absirte, su hijo, Medea, con objeto de retardar á su padre, sembró en el camino por donde debía pasar los miembros de su hermano, á quien ella había degollado. Cuando llegó á Tesalia, rejuveneció al viejo Eson, padre de Jason. Para vengar á su marido de la perfidia de Pelias, que había enviado á la conquista del vellocino de oro, esta aconsejó á las hijas de Pelias que degollasen á su padre, y le ofreció rejuvenecerle. Las crédulas muchachas siguieron este péfido consejo, y pusieron á cocer en una caldera los miembros de Pelias, como Medea lo había mandado; pero todo fué inútil, Jason indignado abandonó á este monstruo, y se casó con Creusa, hija de Creon, rey de Corinto. Medea, para vengarse tambien, envenenó al suegro, á la muger de Jason, y á dos hijos que había tenido de ella, y huyó en un carro tirado por dos dragones alados. Regresó á Colchida, donde terminó su vida, despues de haber vuelto á la gracia de su familia. En cuanto á Jason, llevó despues una vida errante, y un día que descansaba á orillas del mar, al abrigo del mismo navio que le había conducido á Colchida, se desató una viga y le rompió la cabeza, segun la predicción de Medea.

*Hormigas convertidas en hombres.* Eaco, hijo de Júpiter, era rey de la isla de Egira. Habiendo despoblado la peste su reino, obtuvo que todas las hormigas de una vieja encina fuesen convertidas en hombres, y llamó á sus nuevos súbditos *Mirmidones*.

*Céfalo y Procris.* Céfalo, marido de Procris, hijo de Erecteo, había sido robado por la Aurora á causa de su hermosura; pero lejos de escuchar el amor de la diosa, no cesó de suspirar por Procris. La Aurora le despidió concediéndole la facultad de cambiar de forma para experimentar la fidelidad de su esposa. Céfalo, habiéndose transformado en mercader, se presentó en casa de Procris. La princesa, habiéndose resistido mucho á sus pretensiones, al fin se dejó se-



ducir por sus presentes; pero Céfaló habiendo vuelto á tomar su forma primitiva, Procris se avergonzó tanto de su debilidad, que huyó á los bosques, donde su marido pasó á buscarla, no pudiendo vivir sin ella. A su regreso le hizo el presente de un dardo y un perro que le habia dado Diana. Conmovida de la ternura de su marido, concibió por él un amor tan apasionado, que llegó á ser la mas celosa de las mugeres. Un dia se escondió en un matorral para espiarle, y el infortunado Céfaló, creyendo que era una fiera, la mató con el dardo que habia recibido de su mano, y que tenia la cualidad de herir mortalmente, fuese cual fuese la manera de que se lanzara, y de volverse á su dueño. Re-

conoció su error, y desesperado se hirió con la misma arma; pero Júpiter los metamorfoseó en astros.

*Niso y Escila.* Niso, rey de Megara, en Acaya, entre sus blancos cabellos tenia uno color de púrpura en lo mas elevado de la cabeza, del cual dependia, segun el oráculo, la conservacion de su monarquia. Escila su hija habiéndose enamorado de Minos, que sitiaba á Megara, le cortó diestramente el cabello fatal de su padre, y entregó su patria á los enemigos. Niso murió de desesperacion, y fué convertido en gavilan. La pérdida Escila; viéndose despreciada por Minos, murió tambien de desesperacion, y fué metamorfoseada en calandria.

(Se continuará.)

## CUENTOS PARA LOS NIÑOS.



### LA METAMORFOSIS.



#### CAPITULO I.

##### EL HECHICERO.

¡Hadein tenga pun!

¡Hadein tenga pun!

Estas mágicas palabras fueron pronunciadas con una voz terrible una noche de invierno, por un anciano de semblante sombrío y malévoló: tenia puesto un gorro de seda negro, que remataba en punta. Sentado delante de un fogan de una forma estravagante, miraba atentamente á una enorme caldera en la cual hervia cierta cosa extraordinaria. Este anciano no era un confitero, ni eran, por consiguiente, dulces los que vigilaba con tanto cuidado, era una cosa mas singular y extraordinaria que todo esto, y que será preciso decirlo, porque no será fácil adivinarlo nunca.

Este anciano era un hechicero, si, un hechicero, hijos míos, un sábio, pero un sábio de mala condicion; un hombre que empleaba la ciencia para daño, asi como al contrario los buenos sábios la emplean en hacer bien, y consagran toda su vida en descubrimientos útiles para mejorar la suerte de los hombres.

Este hechicero habia leído en cierto libro raro, que otro hechicero como él habia logrado á fuerza de maleficios, componer un hombre con tierra, huesos y ceniza, y que habia sabido animar toda esta masa pronunciando algunas palabras mágicas; se habia puesto á la obra para imitar á su compañero, pero él no queria formar un hombre, sino una muger, y ya comenzaba á esperar el buen éxito de su empresa.

Hacia ya setenta y tres dias, setenta y tres noches, trece minutos y trece segundos, que la maravillosa caldera estaba sobre el fogan, y ya habia obtenido resultados bastante felices. A



cada hervor el hechicero observaba un progreso satisfactorio; y cuando terminó el día 21 retiró la caldera del fogón, la puso en tierra, y pronunció estas mágicas palabras.

—¡Hadein tenga pun!

—¡Hadein tenga pun!

Y vió encantado que salió de la caldera un bonito ratoncillo que empezó á correr por todo el cuarto; le cogió al instante, le sumergió en la cacerola y volvió á colocarlo todo sobre la lumbre. Algunos días despues dió principio á un nuevo experimento, y vió salir una salamandra de la caldera; despues vió salir una zorra:

—Buena caldera! grandes progre-

sos hago; dentro de dos dias conseguiré formar una culebra..., luego, una gata... y por último una mûger... adelante, adelante, y se frotó las manos de gozo.

Recordemos que este hombre era un hechicero, y que un hechicero no podía crear mas que una muger mala; á no ser asi, hubiera comenzado por una abeja, luego por una golondrina, despues hubiese formado una paloma, en seguida una liebre, acto continuo una gacela y por ultimo una preciosa niña; esto es lo que hubiera deseado un buen sábio.

Toda la noche estuvo el hechicero dando vueltas á la caldera con una



EL HECHICERO.

cuchara de oro, á cuyo estremo habia una mano de plata que tenia en los dedos muchas sortijas con brillantes de piedras preciosas: volvió y revolvió tanto durante la noche, que cuando amaneció, se dejó caer de cansancio en su grande sillón y se quedó dormido.

## CAPITULO II.

### EL VESTIDO COLOR DE LILA.

En el mismo dia y á la misma hora, una niña que vivia en la casa vecina se acababa de levantar.



—Rosalia, dijo á la doncella, hoy hará buen día, y no me quiero poner el vestido negro, y si el de color de lila que me ha regalado mi tia.

—Señorita, respondió Rosalia, el vestido color de lila no está todavía planchado, no he podido lavarlo hasta ayer.

—Bueno, pues pláncalo hoy por la mañana, contestó Sofia con tono imperioso.

—Señorita, eso es imposible, no han encendido lumbre en ningún cuarto de la casa.

—¡Bá! exclamó la niña voluntariosa; ¡qué buenas razones das siempre para no hacer lo que te mandan!

Y diciendo esto se levantó Sofia y bajó al patio. Distinguió lumbre en el gran fogon del hechicero que habitaba frente a su cuarto, y que tuvo preci-



SOFIA.

sion de entreabrir la puerta de su laboratorio para no ahogarse á causa de la gran cantidad de carbon que allí ardía.

Sofia era una niña que no tenía miedo á nada; nada le costaba trabajo, cuando se trataba de satisfacer sus caprichos. Atravesó sin ser vista el patio que la separaba del hechicero, saltó

ligeramente el arroyo de la calle, donde se le prohibía ir sola, y penetró atrevidamente en el misterioso laboratorio.

Al aspecto del anciano inmóvil, retrocedió de repente asustada, pues tenía un aspecto enteramente malo, aun cuando estaba dormido y fatigado; pero bien pronto se disipó este temor, y



Sofía se acercó al fogón; no había lumbré mas que en la hornilla, y para sacar algunos carbones encendidos era preciso separar un poco la caldera que estaba encima, lo que Sofía verificó con suma destreza. Llevaba un cogedor, y aunque también le estaba prohibido llegar á la lumbré, se apresuró á llenar el cogedor de carbones ardiendo, procurando hacer el menor ruido posible.

Temblaba de despertar al hechicero, no se atrevía á respirar; cierto presentimiento interior le decía que cuanto ejecutaba era peligroso; se estremecía al mas leve ruido, y sin embargo el deseo de ponerse su bonita bata color de lila aquella misma mañana, en la que sus amiguitas debían venir á felicitar á su mamá por sus cumpleaños, la idea de aparecer mas bonita que de costumbre, la ayudaron á mostrarse superior á todos sus temores. ¡Qué coqueta era la tal Sofía! La habían dicho muchas veces que su coquetería había de ocasionarle alguna desgracia.

Después de haber sacado tanta lumbré como podía contener el cogedor, después de haber vuelto á colocar muy despacio las tenazas del hechicero sobre el fogón, se dispuso Sofía á marcharse, cuando de repente notó en la cacerola mágica dos grandes ojos que la miraban con fijeza.

Fué tan grande su espanto que lanzó un grito á su pesar, y el cogedor cayó de sus manos. A este tiempo el hechicero se despertó.

### CAPITULO III.

#### LA METAMORFOSIS.

Es preciso haber pasado muchos años al lado de un trabajo para comprender la importancia que da un hombre á su obra; un pintor á su cuadro, un poeta á su pensamiento, ó un sábio á un descubrimiento. Los niños no saben esto; ellos dan importancia á una muñeca, y además la rompen al momento que se la dan. No comprenden que de una cosa que les parece muy

fea depende algunas veces la gloria, la fortuna y la felicidad de una persona que ha cifrado en ella todo su porvenir. Las niñas bien educadas deberían saber esto, y aprender muy temprano á respetar lo que ignoran.

Sofía no sabía que separando aquella caldera y privándola de la lumbré por un momento, inutilizaba hasta cierto punto el trabajo del hechicero, y que todo su trabajo de muchos meses para mantener esta lumbré en un calor igual y continuo era tan perdido como si nada hubiese hecho; en vano había desenterrado todos los tesoros de la ciencia, y en vano había velado noche y día para obtener un descubrimiento maravilloso; todo había sido inútil: era preciso volver á comenzar de nuevo por la última prueba en el instante mismo del éxito. Figurémonos entonces la desesperación del hechicero cuando vió de un golpe destruido su trabajo; se puso pálido de cólera, y lloraba de rabia como llora un hechicero: lágrimas, lágrimas negras corrían por sus ojos, y cayeron sobre la piedra blanca como dos manchas de tinta; sus manos setorcián de furor: no podía hablar; traía á su memoria infernal las mas terribles imprecaciones, las mas temibles maldiciones para humillar á la desgraciada niña que se había hincado de rodillas, y que levantaba al cielo sus manitas temblorosas y suplicantes.

De repente, y como sobrecogido por una inspiración de venganza, se apoderó de la caldera fatal, donde brillaban todavía los grandes ojos, y lanzó violentamente cuanto contenía sobre el rostro de la pobre Sofía, que bajó la cabeza espantada y cayó accidentada.

El hechicero, andando muchas veces á su derredor, pronunció las palabras mágicas.

—¡Hadein tenga pun!

¡Hadein tenga pun!

Y al momento Sofía no fué ya Sofía: sus bonitas manitas se convirtieron en patas con largas uñas, sus grandes ojos azules, pasaron á ser verdes; sus rubios cabellos no eran mas que una



espesa piel; en fin, esta Sofia tan bonita y tan orgullosa de su hermosura, no era otra cosa que una gata sin gra-



cia, que ni aun como gata podía ser admirada.

Cuando la pobre Sofia volvió en sí, y comprendió su metamorfosis, se entristeció mucho; quiso hablar, hablar con aquella dulce voz á la cual no podía resistirse su buena madre... ¡ay!... ya no tenía voz; mayó, pero de un modo muy extraño, pues el hechicero, que no habia hecho nunca una gata, no se curó de darle una verdadera voz como la de los verdaderos gatos; de modo que sus tristes quejas carecían de dulzura.

Recordemos que la última prueba era la de la gata antes de llegar á la muger, y esta gata, aunque imperfecta, no dió sentimiento al hechicero para la muger que debía sucederle.

En cuanto á la voz de la pobre Sofia se asemejaba mas bien al sonido que produce un cerrojo que se corre para abrir una puerta, que á los ma-yidos de una gata, y el hechicero no esperimentó ningun placer al escuchar aquella voz falsa y quejosa que tan poco honor le hacia.

Mientras que Sofia gemía, oyó que su doncella la llamaba en el patio.

—¡Sofia! ¡Sofia! gritaba por todas partes.

Entonces la pobre niña se agitó y

saltó por todo el cuarto con espantosa ansiedad.

—Ja, ja, exclamó el hechicero con risa diabólica: que te llaman, gatita mia; vé, corre; que tu mamá gustará mucho de verte tan bien vestida; vé, corre, y ensénale tu nuevo adorno. Esta nueva bata, te incomoda un poco; no es verdad? Eso sucede con todo lo que se estrena. Pero es menester que te vayas acostumbrando á ella, pues te anuncio desde ahora que no la abandonarás hasta que alguno te diga: *Sofia yo te perdono*, y ciertamente, maldita niña, no seré yo el que te lo diga.

Al acabar estas palabras, el hechicero dió un puntapie á la gata, que salió al patio, donde quedó un momento aturdida.

#### CAPITULO IV.

HAY PERSONAS QUE NO TIENEN AFICION A LOS GATOS.

—¡Sofia! ¡Sofia! el desayuno está servido.

—Señorita Sofia, su mamá de vd. la llama.

—¿Ha visto vd. á Sofia? preguntaba la doncella al portero.

—No señora; no la he visto hoy todavía.

—¡Sofia! ¡Sofia!

Y Sofia iba y venia, subia y bajaba por la escalera oyendo su nombre; se apresuraba á entrar en el comedor, cuando la doncella la cogió por una pata exclamando:

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿De dónde ha salido este gato tan feo? ¡Fuera de aqui! ¡Zape! A mi no me gustan los gatos! Nada aborrezco en el mundo tanto como á los gatos; zape, zape.

Y la pobre Sofia se vió precisada á marcharse.

Cuando bajaba tristemente la escalera, su primo salia del comedor llevando en la mano una gran torta; era parte de su desayuno y corria á decir á su prima que viniese á tomar la suya.

—¡Sofia, Sofia! gritaba. ¡Prima! ven pronto á almorzar!... ¡Hay tortas!

Y Sofia olvidando que era gata se



acercó á su primo y quiso coger la torta que llevaba en la mano, pero el goloso rapaz gritó para que echasen á aquel animal importuno:

—¡Mamá mamá! ¡Un gato que quiere comerse mi torta!

La desventurada gata se vió nuevamente precisada á huir tristemente, sin desayunarse. Voló á refugiarse en su aposento, y se acostó en su cama, creyendo que allí estaría segura; mas apenas acababa de entrar cuando llegó la doncella. Traía el vestido color de lila acabadito de planchar, aquel vestido que había ocasionado su desgracia.

—Sofía, vamos, señorita Sofía; venga vd. á vestirse: ya está el vestido en disposición....

Rosalía, buscaba á la niña por detrás de las puertas, por todos los rincones, creyendo que se había escondido: buscándola por todas partes, mirando aquí y allí los distintos objetos que estaban en la sala, levanto las cortinas para mirar en la cama, al levantar la colcha vió á la gata y se enfadó.

—¿También aquí este maldito animal? ¿Qué haces aquí? ¡Fuera!

Y comenzaron otra vez los zapes acompañados de sendos puntapiés.

Sofía asustada, huyó al momento, y cuando se vió libre de los golpes de Rosalía, pasó á situarse delante de la puerta de su madre, y aguardó con resignación á que despertase.

—A pesar de mi horrorosa metamorfosis, pensaba, mi mamá me conocerá; ¡oh! estoy segura de ello: me adivinara, me comprenderá; ella que me escuchaba tanto cuando yo le hablaba.... ¡Si pudiera estar á su lado! ¡Me quiere tanto! Mamá impedirá que me peguen.

## CAPITULO V.

### UN TRISTE FESTEJO.

Mientras que Sofía estaba todavía temblando vio llegar á sus dos primas, bien vestidas, muy bonitas, que marchaban de puntillas, con un ramo de flores en las manos.

—¿No se ha levantado aun mi tía?

dijeron; venimos á felicitarla. ¿En donde está Sofía? que ponga este ramo en una jarra con agua.

—La señorita Sofía debe estar en su cuarto, respondió la criada, pues no sabía nada de lo ocurrido.

—Yo apuesto, dijo la mayor de las primas, que trabaja todavía en su tocador; ya yo lo dije, que no se hallaría dispuesta á la hora conveniente; estas mangas que traigo puestas las hice hace ocho días.

Y diciendo esto, enseñó un bonito par de mangas, que ella misma había bordado; y Sofía que observaba todas estas cosas sentía que su corazón se oprimía dolorosamente. En este instante se creyó el ser mas desgraciado del mundo; pero tenía que ser aun mayor su desventura. Al cabo de una hora su madre tocó la campanilla y acudió Rosalía llena de susto.

—Si la señora pregunta, por la señorita Sofía respondan vds. que he salido con ella para comprar flores, y así tendré tiempo para buscarla: no sabemos lo que habrá sido de esta niña.... ¡Ah Dios mío! exclamó sollozando; si le ha sucedido alguna desgracia voy á morir de pena.

Sofía desconsolada al ver que lloraban por ella, olvidando que no podían conocerla quiso hablar para consolar á la doncella; pero Rosalía le rechazó otra vez; y la pobre niña estaba tan inquieta que no podía ni aun respirar de tristeza.

Al instante se propagó la alarma en toda la casa, y nadie tuvo la presencia de ánimo suficiente para ocultar su inquietud. La señora Esperanza, no viendo venir á su niña, y no comprendiendo el aspecto misterioso que reinaba en su casa, ni las respuestas evasivas de sus criados cuando hablaba de Sofía, comenzó á sospechar alguna desgracia. Levantóse á toda prisa y corrió al cuarto de Sofía, imaginando que estaba mala, y que se le quería ocultar.

Cuando Sofía vió pasar á su mamá por delante de ella, latió su corazón con violencia; corrió detrás para unirse á ella, esperando ser reconocida; pero un dogo que nunca se apartaba de doña Esperanza, habiendo vis-



to á la pobre gata, lejos de conocer que era la hija de su ama, empezó á ladrar de tal modo que atrajo á los demás perros de la casa; todos juntos se avalanzaron á Sofia, que no tenia ni aun el tiempo necesario para huir:

Esperaban con impaciencia el regreso de Rosalia, pensando que volveria con Sofia, ó al menos traeria noticias acerca del parage donde se encontraba; pero Rosalia tardaba, y era que no se determinaba á ponerse delante de su señora.

Doña Esperanza llamaba á su hija.

—Ven, hija mia, exclamaba, que no te reñiré.

En seguida recorría todos los aposentos de la casa, el patio, el jardín; preguntaba á todo el mundo; de dulce y tranquila que era ordinariamente, á fuerza de tantas inquietudes, llegó á ponerse impaciente y violenta; reñía á todos sus criados, los mandaba recorrer las calles para que buscasen á su niña; reprendía al portero por haber dejado salir á Sofia; tornaba á su aposento, miraba la hora que señalaba el reloj, y media, segun el tiempo que habia transcurrido, los progresos de su sobresalto,



DOÑA ESPERANZA.

A medida que adelantaba el dia, esta inquietud agitada se convertia en horrible desesperacion. Habia enviado para que buscasen á su hija á todos sus amigos, á todos sus parientes, á la

policia, á toda la vecindad, y nadie pudo darle nuevas respecto á Sofia.

De pronto le vino la idea de que su niña habia muerto á consecuencia de algun horroroso accidente; que habia caido en la lumbre, ó por el balcon á la calle, ó que se habia ahogado, y que se lo ocultaban para dejarla un poco de esperanza, ó que querian prepararla por grados para recibir este golpe terrible.

—Hija mia, hija mia! exclamaba.... ¡Oh! díganme vds. la verdad.... ¿La volveré á ver? ¿Qué le ha sucedido? ¡Oh! no me lo oculten vds. por Dios, por la virgen, no me lo oculten vds.

Entonces lloraba; su llanto podia enternecer al corazon mas empedernido.

Indudablemente esta señora se quejaba mucho; pero ¿hay en la tierra un motivo mas justo de queja? Era Sofia la que se habia perdido, su hija; y esta que oia los gritos de su mama, no podia decirlo.

—Aqui estoy.

No hay un niño que haya experimentado un pesar semejante; los niños no saben nunca cómo se los ama, cómo se los llora; Sofia conoció entonces el horroroso pesar de su madre al verla tan desgraciada.... y todo por causa suya.

En el exceso de su dolor imaginó Sofia encaminarse á casa del hechicero y suplicarle que le devolviese su primitiva forma; pero el hechicero habia partido, y hasta su fogan habia desaparecido enteramente. Sofia quedó toda la noche mirando los balcones del aposento de su madre, viendo pasar y repasar la sombra de las personas que se apresuraban para acudir á servirla. Doña Esperanza se encontraba muy mala á consecuencia de este dolor.

Sofia acecha un instante favorable en que la puerta del aposento de su madre se abriera, con objeto de penetrar allí y ponerse á su lado; pero el mal intencionado dogo estaba allí siempre, terrible y amenazante; por otro lado, Sofia comenzaba á perder toda esperanza de ser reconocida de su misma madre.

Tambien le vino la idea de escribir



lo que le había sucedido, y de calmar por este medio la inquietud de su madre, mas no tenia nada con que poder escribir, ni pluma, ni papel, ni tinta; quiso arañando formar algunas palabras sobre la pared, pero no pudo satisfacer su deseo: ademas, ¿quién se hubiera ocupado en leer seriamente en una pared donde se hubieran visto escritas estas palabras?

«Querida mamá mia; no me llores mas... Yo me he convertido en gata.»

## CAPITULO VI.

## LA CARTA.

Al otro dia se fué la pobre niña al patio, y unos cuantos niños de la vecindad que jugaban á la sazón, cuando la vieron comenzaron á gritar:

—¡Un gato, un gato! ¡Qué feo!

Echaron mano á Sofia, cogieron un pedazo de hoja de lata en forma de círculo que estaba junto al pozo, le



SOFIA CONVERTIDA EN GATA.

ataron una cuerda y le pusieron aquello en el rabo, y la soltaron en seguida. Sofia comenzó á correr, y no paró hasta que se vió libre de aquel importuno agregante que suspendia su rabo. Luego temiendo que la volvieran á echar de la casa donde aun experimentaba un doloroso placer estando cerca de su madre, subió á los corredores, saltó de ventana á ventana á fin de observar lo que pasaba sin ser vista. Hallábase triste y pensativa, cuando miró que una ventana del patio se abría, y distinguió el interior de un bonito aposento donde habia una chimenea; libros acá y allá, colocados en diferentes sitios de la sala; tambien habia flores en un vaso: pensó en la carta que queria escribir á su madre, y para el efecto resolvió entrar en este aposento: saltó entró, y viendo que no habia nadie en el cuarto se alegró.

Con el movimiento que hizo al tiempo de penetrar dejó caer en tierra un migon de pan que estaba sobre un carton de dibujo, lo que le hizo presumir que alguien iba á venir pronto á dibujar en esta sala. Sofia no habia comido nada desde el dia anterior, y no pudo resistir á la tentacion y se comió toda la miga de pan; hubiera comido otros manjares de buena gana; pero no los habia.

Despues de esta espléndida comida quiso escribir la carta, y para verificarlo saltó al sillón que estaba cerca de la mesa y se apoderó de la primera pluma que halló bajo sus patas. Pero la dificultad estaba en coger esta pluma y en trazar algunos caracteres que fueran inteligibles. Despues de haber figurado algunos rasgos informes, que creia eran palabras, se dispuso á leer su carta, pero no la entendió.



Impacientada de ver que no lo-graba su deseo, tiró la pluma y em-papó toda su mano en la tinta, pre-tendiendo escribir con las garras; ya esto fué otra cosa, pues en vez de una letra, formaba cinco ó seis á un tiempo.

Había llenado de tinta todos los pa-peles que estaban sobre la mesa, so-bre el sillón y sobre dos ó tres libros, cuando llegó la persona que habitaba este cuarto.

Era una jóven de unos diez y seis años, que se sorprendió al ver en su sala una gata tan grande y á la cual no conocía, pero que estaba escribiendo. Lejos de enfadarse, Agustina (asi

se llamaba la jóven) encantada de ver una gata tan bien educada, hizo á So-fía toda clase de caricias; la dió carne, leche que la había sobrado del desa-yuno; y Sofia se acordó de lo que su maestra de escritura le había dicho á menudo dándole lección: «Llegará un día señorita en que vd. se alegre de saber escribir»; y entonces la pobre gata, viéndose tan bien tratada, cobró animo, y esperó que algun día Agus-tina pronunciase aquellas palabras de salvacion.

—«Sofia, yo te perdono»

(Se concluirá)

## HISTORIA NATURAL.

### EL TAPIR.

Este es el animal mas corpulento de la América. Es del tamaño de una vaca pequeña ó de un cebú, pero sin cuernos ni cola; sus piernas cortas, el cuerpo arqueado como el del cerdo; cuando pequeño está manchado como el ciervo, y despues varia de color; la cabeza larga y abultada, con una especie de trompa como el rinoceronte. Tiene diez dientes incisivos y diez molares en cada mandíbula.

Parece que el tapir es un animal triste y tenebroso, que no sale sino de noche, y que no está con gusto sino en el agua, donde habita mas comunmente que en tierra, vive en los pantanos y apenas se aleja de la orilla de los rios ó de los lagos; luego que se ve amenazado, perseguido ó herido, se arroja al agua, se sumerge en ella, y está el tiempo suficiente para caminar mucho, antes de volver á parecer. Estas cualidades en que conviene con el hipopótamo, han hecho creer á algunos naturalistas que era del mismo género, pero difiere tanto de él por su naturaleza, como está distante por el clima. El tapir, aunque habita en el agua, no se alimenta de pescado, y sin embargo de estar sus mandíbulas ar-

madas de dientes incisivos y cortantes no es carnívoro, vive de plantas y raíces y no se vale de sus armas contra los demas animales; su indole es suave y tímida, y por lo mismo huye de todo peligro y combate; aunque sus piernas son cortas y su cuerpo muy grueso, no deja de correr con gran velocidad, y de nadar con mayor ligereza; camina ordinariamente acompañado, y á veces en grandes manadas; su cuero es de una testura tan sólida y firme, que por lo comun no le penetra la bala; su carne es fastidiosa y grosera, y sin embargo, la comen los indios.

Hállase este animal comunmente en el Brasil, en el Paraguay, en la Guiana, en las Amazonas, y en toda la estension de la America meridional, desde la estremidad de Chile hasta la Nueva España.

El tapir, que se puede reputar por el elefante del Nuevo Mundo, sólo representa imperfectamente al elefante en la figura y aun menos en el tamaño.

El tapir camina con mas frecuencia de noche que de dia, y busca su alimento en la sombra y durante la calma de la noche; sin embargo, se le suele encontrar de dia. Gusta mucho de bañarse, y nada y se sumerge fácilmente.



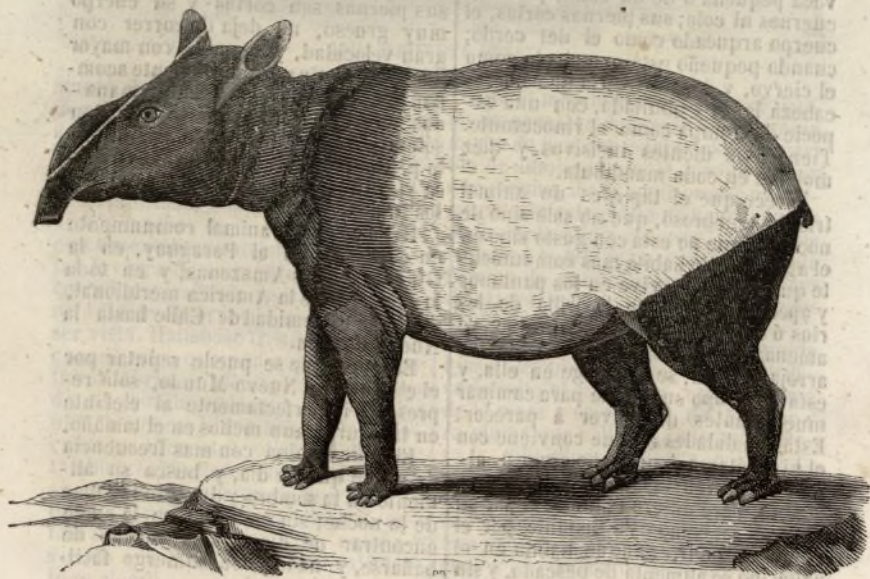
Se ve que la especie de trompa que tiene á la estremidad de la nariz, no es mas que un vestigio ó rudimento de la del elefante, y este es el único carácter de conformacion por el cual se puede decir que el tapir se asemeja al elefante. Se sustenta de hojas y de yerbas como el elefante, y tambien como él, no produce mas que un hijo á la vez.

Del mismo modo los tapires huyen de los parages habitados, y viven cerca de los pantanos y de los rios, los cuales atraviesan frecuentemente de dia, y aun de noche. La hembra hace que le siga su hijo, y desde muy pequeño le acostumbra á entrar en el agua, donde nada y juega delante de su madre, la cual parece le da lecciones para este ejercicio, sin que el padre tenga parte alguna en la educacion, pues siempre se encuentran solos á los machos.

La especie de los tapires, es bastante numerosa en lo interior de la Guiana, y á tiempos acuden á los bosques situados á alguna distancia de

Cayena. Cuando se ven perseguidos por los cazadores se refugian al agua donde es fácil tirarles; pero aunque su indole es tranquila y suave, son peligrosos cuando estan heridos, habiéndose visto á algunos arrojar á la canoa de donde habia salido el tiro y procurar vengarse trastornándola. Tambien es preciso precaverse de ellos en los bosques, en los cuales hacen senderos, ó mas bien caminos bastante anchos y batidos, por la costumbre que tienen de ir y venir siempre por unos mismos parages; y es de temer encontrarlos en estos caminos de los que nunca se desvian, porque su marcha es impetuosa, y sin designio de ofender chocan ruidosamente con todo lo que se les pone delante.

El grito de los tapires es una especie de silbo fuerte y agudo, que los cazadores y los salvages imitan con bastante perfeccion para hacerlos venir y tirarles de cerca, pues casi nunca se les vé desviarse del sitio que han adoptado.



EL TAPIR.